

Carta al poeta Jorge Martínez Ruíz



Ilustración de Leonel Maciel

Querido Jorge, a la manera de Rilke, te escribo para atrapar algunos tonos y fijarlos en este lienzo.

Tengo la impresión de que el pasado vuelve una y otra vez y de que nos ha llegado la hora de la vuelta del Oscurantismo en que no se reflexiona sino se obedece, no se piensa sino se impone el miedo, no se buscan las causas sino la culpa, no se trazan iniciativas sino se implanta el fascismo, no se abren oportunidades sino se ordena con la lógica del dinero, no importa la vida sino el poder... y aunque abramos todas las ventanas del mundo no se ve en el horizonte por dónde ha de venir el cambio.

Nunca antes como ahora, el sistema había tenido disturbios ecológicos de magnitudes planetarias.

Has sido testigo de infortunios y cómplice de infamias disertando

“sobre el horrible asunto de la
tasa de ganancia”

o aceptando

“la tala de un inmenso tulipán africano”

o esperando

“la tarde en que las buenas costumbres
permitan de nuevo el atrevido acercamiento”

o dudando

“¿Cuál será me pregunto el derrotero
de la voz del poeta y la cantante?”

Formas parte de la *Historia universal de la infamia*, pero tienes la responsabilidad de reconstruir el mundo:

“puja Olguita, ya viene...”

porque el abuelo que

“lleno de tumbas (...) sostiene su energía”

dice con los ojos

“que este nieto le devuelve la vida de sus muertos” .

La tarea es ardua, pero tienes a Hesíodo, aunque no haya habido tiempo para ello, tienes a Borges, a Proust, a Paz, a Pound, a Basho y a Lezama, conoces su entereza y sabes que para un espíritu creador no hay pobreza posible, aún la enfermedad, la cárcel o el exilio son minas inagotables.

También, como buen poeta, sabes tener paciencia y sabes esperar con ánimo tranquilo a que llegue el momento de comenzar gritando: “Canta, oh diosa, la cólera de Aquiles...”

Y piensas, como lo ha explicado Jung, que la idea de Dios es una función psicológica absolutamente necesaria, pero que no tiene nada que ver con la cuestión de la existencia de Dios, porque es un arquetipo.

Por sobre todo, entiendes que la misión del poeta es:

En primer lugar, viajar como Ulises, por el viaje mismo, explorando las islas y el confín del mundo.

En segundo lugar, vivir en celo, es decir, con esa pasión, con la fuerza que da el sexo, como bien lo sabe Leonel Maciel: el gozo y el sufrimiento están sexuados.

En tercer lugar, vivir en soledad, porque la soledad permite entender que las cosas que parecen importantes y grandes son en realidad afanes inútiles.

En cuarto lugar, vivir amando. Como aconsejaba José Revueltas: amar como quien mata, con esa fuerza, con ese compromiso. Aunque para llegar a amar hay que aprender a amar, amando, y, como todo aprendizaje, lleva tiempo, mucho tiempo, por eso el amor es, invariablemente, oportunidad de crecimiento...

En quinto lugar, arar desnudo, es decir, libre de prejuicios, el campo del poema, como recomienda *Los trabajos y los días*.

También sabes que el poeta conoce los símbolos antiguos, entiende los mitos, se nutre de ellos y que postula la posibilidad de que quizás todo lo aterrador sea en realidad una posibilidad de explicación.

Que el poeta apuesta a derribar los convencionalismos, a zarandear a los maestros, los doctores, los obispos, las señoras, los estudiantes; a desequilibrar las instituciones, para reflexionar, repensar, replantear, renacer...

Que el poeta trabaja sin suposiciones.

Que el poeta duda siempre, siempre.

Que el poeta está al tanto de que la tristeza y la desesperanza son sentimientos revolucionarios.

Que el poeta canta.

Que el poeta baila.

Que el poeta aprende a orar.

Félix García
Cuernavaca, Morelos
Diciembre de 2016